

III. A. 1- UNA ELECCIÓN DIVINA Y ETERNA, CON PROYECCIÓN UNIVERSAL

(Madre Fundadora – Tomado de las exhortaciones al salir del noviciado – nº2)

Hoy quiero dejarles unos puntos que queden grabados en sus almas. Tres profundos aldabonazos en el alma, que tienen que estar resonando a lo largo de la vida constantemente:

1-La elección eterna. Nunca es bastante, aunque pareciera que ya lo sabíamos; nunca es bastante. Y esto lo tenemos que tener siempre vivo en el alma; siempre vivo, porque de esa radicalidad, es decir, de un plan eterno de Dios, sacamos la fuerza toda para que, a pesar de nuestras inconstancias y bamboleos, y circunstancias que se presenten, y tentaciones que el demonio no va a dejar de poner, haya esa raíz inamovible, porque Dios es inmutable en sus planes: en su amor es infinito, inmutable, incansable, inagotable... Y entonces, si el alma está ahí anclada, cuando surge una dificultad, que a lo largo de la vida tienen que surgir, porque vamos caminando hacia Dios por un valle de lágrimas, con una naturaleza caediza, almas exigidas en entrega y oblación, por lo tanto, exigidas en renuncia de nuestro yo, y así, dificultades tiene que haber; momentos difíciles tienen que aparecer; tentaciones tal vez no falten, porque el Enemigo no está quieto nunca, "ruge como león" alrededor, buscando por dónde entrar; pero, cuando hay ese arraigue de raíz profunda, el alma, ante cualquiera de estas cosas, sabe responder, reaccionar desde dentro: "¡Ah, pero el amor de Dios es eterno, mi vocación es eterna!". Y esta verdad tiene que quedar en el alma firmemente sellada.

2-Segundo punto. Cristo es mi vida. Nada más. No tengo otro interés, otra apetencia, otra ilusión, otro camino; no puedo encontrar otra verdad, no tengo que buscar por dónde puedo llegar a Dios. No tengo que ir haciendo apoyo o problema, en que tal libro es muy pesado... o no acabo de entenderlo, o me gusta demasiado, etc. No. El libro abierto, constante, que no podemos cerrar nunca, la palpitación que siempre tiene que estar latiendo, la luz que siempre nos tiene que iluminar: **Cristo es mi vida. Pero así, mi vida.** No es una vida que voy a seguir. Es ¡mi vida!

Quedamos injertos en Cristo por un sacramento que imprime carácter: el del Bautismo. Entonces, consagrados ya por ese sacramento, queda en el alma el germen, la semilla de las exigencias que luego tendrán que desarrollarse hasta llegar a su plenitud. El plan de Dios es eterno, no se muda; desde siempre y para siempre, tenemos un destino, y el destino es lo que somos, almas Oblatas de Cristo Sacerdote.

Cristo es mi vida, porque en el Bautismo quedo asumida en Él. Y es mi vida en toda la realización de las exigencias de la vocación.

Si el alma va anclada en este principio: mi vocación es eterna, y esta verdad, porque es eterna e inmutable, hay que mantenerla viva, con ilusión creciente. Cuando piensen que esa huella se va borrando por años que pasan..., rebusquen en el profundo del alma, en lo más hondo del espíritu, exciten el fervor..., ¡como sea!, pero que a esa huella nunca le caigan encima capas insensibles. Esa huella tiene que estar sensible, sensible a nuestra vibración. No es una cosa inerte, que se guarda: "lo sé y ahí está". No. No. Es un sentir y ser que ha de estar vivo. Y si está vivo, tiene que estar sensible, como estamos vivos en nuestro ser y somos sensibles al frío, al calor, al cansancio, etc.; y en el alma tiene que estar viva esta, no impresión, sino **realidad**, y si algún día se apaga un poco, hay que encenderla; y si un día no está firme esta raíz profunda, no acaba de ser esta raíz profunda la que está vitalizando el vivir, hay que regarla como sea, sobre todo con la oración, pero eso tiene que estar sensiblemente vivo, para caminar en fidelidad.

Cristo es mi vida. No lo puedo dudar. Cristo es mi vida. En todo momento. Y no tengo nada más que estar a la escucha de esta verdad inmutable. Cristo, que es mi vida, en Quien estoy asumido, y Quien está en el interno de mi ser, en lo profundo del alma, en esa... comunicación de amor del Padre con el Hijo y el Espíritu Santo; Dios en su vida trinitaria; pero Cristo es mi vida, porque en Él quedé asumida, y con Él soy

amada y exigida. Cristo es mi vida, sí. Cristo en su definición concreta, en su realidad viva, como claramente se puede definir: Cristo, la realización de la voluntad del Padre. Nada más. Y esa es mi vida. No tengo otra, no tengo otra vida; no la puedo tener. ¿Qué tengo que hacer, pues? Es bien claro. Mi único quehacer: **la voluntad del Padre**.

¿Cómo tengo que pensar? Según el Padre quiere.

¿Qué me interesa? Lo que interesa al Padre. Cristo es mi vida.

Pero esto, realizado vitalmente, en la verdad, hecho vida. No solo en una oración fervorosa, ni en un momento difícil, etc., sino que, en verdad, **Cristo es mi vida**. Que Él me ofrece constantemente, cuando voy por el pasillo, cuando es la hora del descanso, cuando estoy cansada y aún quedan tres horas de día; cuando es un trabajo que repele a mi naturaleza; cuando la nube oscura en el espíritu se pone... ¡Cristo es mi vida! Cristo, realización de la voluntad del Padre, en total donación de amor.

3- Un tercer punto, que tiene que estar vivo, igual que el primero y el otro, igual, constantemente vivificado: **la proyección de nuestra vida**. No acostumbrarnos nunca a que "ya estamos". Somos almas Oblatas, vivimos una fidelidad aceptable, buena, perfecta, estupenda, heroica. Pues, aun viviéndolo así, auténticamente, con fidelidad, y perfecta, queda este punto que tenemos también que vivificar constantemente: **la proyección de nuestra vida**. La proyección de nuestra vida sin fronteras. Decimos: "Cristo es nuestra vida" y lo es. Y lo tiene que ser en todo Su vivir: en la entrega de Cristo, en su incesante oración al Padre, en su donación plena de amor. Sin fronteras, con esa **universalidad** (no solamente de nuestra entrega, que es del todo, universal), sino de la caridad que la urge. Cristo es nuestra vida, y estamos urgidos por su caridad, que no tiene fronteras, que llega hasta el último confín de la tierra.

Y entonces, con esa vivencia, que es realidad, que llegamos al último confín de la tierra, que estamos haciendo presente a Cristo con nuestra oración, hasta allá, hasta el último confín de la tierra, saltamos fronteras, saltamos mares, saltamos montes; pero esto, vivido, que así, vivida en profundo esta realidad, nunca falta materia de oración, nunca hay una situación –sea cual fuera en la que Dios nos quiera poner– que no se encuentre el horizonte abierto, el campo de la misión vital que se nos confía, y que nos ha de urgir a la oración y entrega. Sí, es misión vital; en entrega con y en Cristo, y nos ha de estar urgiendo dentro del alma, esa caridad de Cristo y esa proyección de la caridad de Cristo, que "los amó hasta el fin", y esa sed de Cristo, insaciable.

Entonces, se va a la oración, y puede ser que el peso del sueño, el peso del cansancio, el peso del día, la oscuridad del espíritu, la mente embotada..., piensen todos los negativos que pueden caber en el ser humano, que son muchísimos (porque en ese campo de negativos, tenemos una capacidad casi ilimitada), pongan todo eso, sí, pero... "¡Cristo es mi vida!". Y húndanse en la fe de que toda esa realidad que están viviendo, Cristo la ofrece en su misma oblación hecha en Él oración y entrega.

Y ese es el modo de oración del alma Oblata: incesante, porque es la de Cristo; que no tiene cortes, porque es su ser, su vida. Que no tiene paréntesis, porque cualquier situación, cualquier momento difícil que se tenga, está dando capacidad a Cristo, y es ocasión de que esa oración sea oblación también, con esa proyección redentora.

Hermanos, que siempre estén ardiendo con llama viva estos tres puntos que, les digo, hay que renovar cada mañana al levantarnos; en la oración de la mañana hacer el encuentro con ellos, vivificarlos para que, luego, sean el resorte, que no falla, en el vivir de todo el día, y quede plenamente cumplida la voluntad de Dios sobre nosotros, el eterno plan de Dios, es decir, la vocación eterna: mi vida es Cristo; ya no vivo para mí, sino que, urgido por la caridad de Cristo, soy capacidad suya, en su donación total a la voluntad del Padre.

Yo les digo, en nombre de Dios, consciente de lo que estoy diciendo en este momento: si estos tres puntos los tienen vivos en su alma, andarán cada día llenando la medida de Dios. Y, si cada día se llena la medida de Dios, la vida del alma Oblata rebosa todas las ilusiones que puede tener un alma, y un corazón, y un espíritu, y un ser, en todos los órdenes y en todos los aspectos. Pero hay que llenar esa medida cada día.

Sierva de Dios madre María del Carmen Hidalgo de Caviedes